

MERCEDES URÍZAR, *Novela* por *Luis Durand*. Editorial Nascimento. Santiago.

¡Mercedes Urizar! Qué poco revela el título inexpresivo, del hondo contenido humano, la sostenida emoción, la abierta sinceridad, la delicada poesía de la novela. Luis Durand, tras de ensayar paciente y tesoneramente sus aptitudes en el cuento y la novela breve, entra ahora en los dominios del relato de vasto aliento. En esta zona inexplorada aún, lo siguen sosteniendo sus cualidades esenciales: En primer término su fina, sedienta, hambrienta sensibilidad, que le permite retener y trasladar al relato una gran variedad de panoramas y personajes, estos últimos con su metal de voz, su mímica, su ideología y conducta propios. El paisaje sigue desempeñando un papel importante, pero generalmente es sólo el escenario de los actores. A veces la naturaleza pasa a primer término, como en la excursión a Lolén y a los lagos del sur, se impone a los hombres con su grandeza y hermosura y modifica o acentúa sus estados de alma. El sentimiento y la emoción prevalecen también en la obra. El libro palpita con los sufrimientos prematuros y luego con la inmensa pasión de Andrés García. Durand, es a veces, un poeta en prosa. Sensibilidad, emoción, sentimiento, imaginación para combinar los datos de la realidad, convertirlos en valores estéticos y crear con ellos la obra de arte, son cualidades de poeta. Cuando el autor se enfrenta a la naturaleza, o describe estados de alma exaltados de sus héroes, es todo un poeta. Sin embargo, luego su atención, dejando a un lado las relaciones del hombre con la naturaleza, con la eternidad, entra a ocuparse de la vida cotidiana de los hombres y entonces el narrador toma la palabra. Las mismas condiciones que permiten componer un poema sirven para la novela. El poeta ha de tener además el don de la expresión rítmica y mayor tendencia a cuidarse de lo esencial y trascendental, a ver las cosas con más amplia perspectiva. Naturalmente es muy sa-

tisfactorio que el novelista sea a la vez un poeta, pues este puede tomar la palabra en los momentos culminantes, así como la ópera pasa de la prosa al canto.

La novela tiene un sabor personal muy marcado que hace pensar en la autobiografía. Parece a veces que el autor se hubiera puesto la máscara de la novela para alzar ese velo de pudor o vanidad que nos impide mostrarnos desnudos a los demás. En la vida, pasión y muerte de Andrés García hay mucho de la vida y pasión de Luis Durand. Con estos antecedentes podemos comprender la personalidad del protagonista. Factores raciales y familiares superiores al medio en que le toca vivir, determinan una naturaleza de selección y una delicada sensibilidad. Siguen, naturalmente, sufrimientos precoces, causados por su naturaleza y por circunstancias desfavorables para su educación y desarrollo, y por la lucha inevitable entre el ser evolucionado y el ambiente vulgar. El niño y el adolescente, doloridos, principian a inquirir las causas de esa hostilidad de la vida, y sintiendo que sólo podrá desarmarla con amor y humildad, abrazan a la dura madrastra para sujetarle el látigo, inquietan anhelosos las causas de la desavenencia, y acaban por comprender que si la vida los trata con rigor, es porque ha hecho en ellos un depósito de confianza, ha puesto en ellos energías que sólo pueden desarrollarse en la lucha, gérmenes que necesitan el golpe de los elementos para madurar. Los orgullosos se aíslan y endurecen ante el medio hostil, los humildes como Andrés García desarman a la flageladora con su bondad. Un fondo de sibaritismo lleva también a los hombres de esta índole a conciliarse pronto con su ambiente. Así vemos a García subir oblicuamente en la sociedad. Pasa por todos los oficios y los ambientes. En el ambiente de los placeres y diversiones nocturnas frecuenta a los Lazarillos y Guzmanes de nuestro mundo picaresco. Las circunstancias lo llevan luego a la Pampa, se mezcla a una aventura eleccionaria y tiene de protector a un diputado. Trajina inútilmente en «la sala de los pasos perdidos», pero al fin sale de preceptor para Villa Hermosa,

pueblo que considera su destierro y, luego se convierte en su paraíso.

El lector va recorriendo con García los diferentes medios a que lo lleva su singular destino: la escuela de provincia, el Instituto Nacional, el cabaret nocturno París Soir, las oficinas salitreras, Villa Hermosa, etc. La novela tiene mucho valor como pintura de ambientes y personajes. El novelista nos revela a los lectores el valor anecdótico de hombres y escenas que nos habían pasado inadvertidos. Hacía falta que Andrés se ocupara en el París Soir para que tuviéramos esas estampas y aguas fuertes de un Santiago nocturno que va desapareciendo ante una civilización más activa, y que tenía su sabor y su encanto innegables. Era necesario que García fuera un domingo a las carreras para que viéramos la expresión de poseídos de los apostadores que incitan a sus caballos, la fiereza trágica de sus rostros cuando sus favoritos se atrasan y otros, como empujados por un resorte, salen a ponerse al frente del lote. La ola de insania, el vértigo de la locura del público apostador se palpan con extraño relieve en el relato. Allí aparecen al desnudo las protuberancias que acusan la puerilidad y el egoísmo de los hombres. Villa Hermosa acaba por ser un villorrio tan real como los que hemos habitado. Las escenas en la trastienda del almacén de don Pedro Arriagada, el comerciante piadoso que recomienda las virtudes de la confesión a un auditorio irónico que asiste entusiasmado para que sigan circulando el vino y los comestibles del anfitrión; las tertulias en casa de Jerónimo Cereceda, El Rey; las veladas de la familia Loyola, el rapto consumado por Tito Jara, el casamiento de don Pedro, son escenas que el lector ve, oye y huele, por así decirlo. Los pelambres de la viuda Fernández son impagables. Armados con el aguijón del odio, servidos con la sal de la gracia y la pimienta de la malicia, constituyen un valioso documento humano. Allí vemos la modesta cuna del humorismo. Constatamos que Voltaire, Wilde, todos los maestros del ingenio y el humor, proceden del pelambre lugareño, como el hombre del mono. El odio

latente en el hombre, frenado por la civilización, se desahoga en la malevolencia verbal. Poco a poco el odio disminuye y aumenta la gracia y se llega sin grandes transiciones a la ironía de Voltaire y a la paradoja de Wilde.

Mercedes Urizar se sale del relato, toma cuerpo y figura, alienta, trajina, batalla valerosamente para salvar su amor de la encrucijada de la fatalidad. Si no fuera ingenuo, agregaría también que nos enamora. Cobra tanto relieve que a veces García se esfuma a su lado. Es una mujer de selección, delicada en el sentimiento, pero de carácter firme. Su voluntad prevalece sobre la de García, un poco acostumbrado a dejarse llevar y traer por la corriente de la vida, y es ella quien toma la dirección de la aventura amorosa. Es ella quien guarda serenidad ante el peligro, y un destello de inteligencia en la hora suprema que le permite arrollar bajo su caballo a Fernando Arlegui, el mal hombre de su pasado, su verdadero pecado de juventud. Andrés García sucumbe sin gloria. Es verdad que al ver ultrajada y en peligro a su amante, Andrés sacude su nonchalance, se saca los guantes de la timidez y sale en busca de su rival. Pero no lo encuentra y esta actitud disuena un poco con su línea general. En las escenas de amor, Andrés sale más mimado que Mercedes. Nos habría gustado un Andrés más viril, que el felón de Arlegui hubiera caído arrollado bajo el caballo de Andrés y que Mercedes hubiera sucumbido de la puñalada traidora, ya que uno de los tres sobraba para la decencia del relato. Pero estos son gustos particulares. La vida puede asumir una u otra forma y todas son verosímiles.

Si García aparece un poco deficiente en carácter, iguala o supera a Mercedes en fuerza pasional. Gracias a ello se teje uno de los idilios más bellos que hemos leído en nuestra literatura. El amor de Andrés ilumina la novela con apasionada luz crepuscular. Mercedes se mueve en una atmósfera electrizada por la pasión o el sentimiento de su amante. Está bien aquel pasaje en que Andrés, mordido por los celos, pasa del insulto a la caricia y

siente variar el color de su alma como varía el plumaje de las aves o la piel de los reptiles al influjo de las estaciones.

En resumen, Durand ha salvado felizmente el obstáculo magno de su carrera. Ha logrado moverse con propiedad en la gran pista de la novela, donde se necesita otro aliento que para estar en el pequeño ring del relato corto.

Se puede observar, para poner algunos reparos, que falta aún algún entrenamiento al estilo; que ciertas palabras, como ser cosa, algo, sirven de comodín al autor; que se desearía una cultura más amplia para tratar de ciertos asuntos desde un punto de vista más actual. Estos elementos pueden adquirirse. En cambio, Durand aparece dotado de aquellos elementos que sólo la naturaleza concede: sensibilidad, sentimiento, imaginación.

Mercedes Urizar quedará como una de las más fieles y sobresalientes pinturas del ambiente chileno. No desmerece al lado de los temas rurales de Latorre, Prado, Maluenda, Espinosa. Con *Un Perdido*, de Barrios, guarda cierta analogía de tema en la pintura de una infancia atormentada y del medio pecaminoso y bohemio de Santiago.

Como observación general, agregaríamos que la novela chilena no se ha ocupado bastante de los elementos positivos, constructivos, de nuestra sociedad. Hasta aquí, lo mismo que los médicos, se ha ocupado de lo anormal y patológico, de los perdidos, los delincuentes, los vencidos por la vida. Creemos que nuestra literatura refleja un tipo de sociedad inferior al que tiene por modelo. Si el país avanza, lo que es un hecho, y este progreso no se debe sólo al esfuerzo extranjero, lo que también es un hecho, debe haber en nuestro ambiente hombres de esfuerzo y lucha, que se levantan y levantan el medio en que actúan. Creemos que un país necesita recibir estímulo y no siempre desaliento de su literatura.—DAVID PERRY B.

